

## CAPÍTULO XXVI

## VIAJE SOBRE EL MAR DEL NORTE

(G. TISSANDIER)

Un cartel, un gran cartel encarnado, despertó mis instintos aeronáuticos; adormecidos por mil vanas tentativas. El 12 de agosto de 1868 me hallaba en Calais, cuando vi anunciada en una esquina una ascension aerostática, con motivo de las fiestas del 15 de agosto, para el domingo 16. Debía verificar aquel viaje un aeronauta de quien no habia oido hablar, M. J. Duruof.—Anunciábase asimismo que en aquel dia habria regatas entre las dos escolleras. Estas no me llaman mucho la atencion, pero no me sucedia lo mismo con el viaje del globo *Neptuno*, en el que no pude menos de pensar toda la noche.

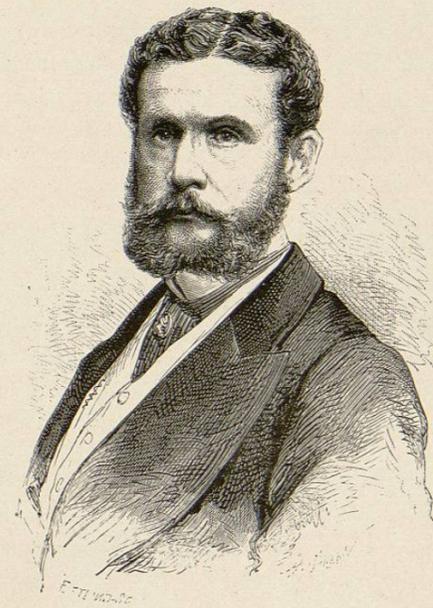
Al dia siguiente, por la mañana, fui á la fonda de Dunkerque, pregunté por M. Duruof, y al poco rato se me presentó un joven, que era el capitan de la próxima expedicion. Al cabo de un cuarto de hora de conversacion, éramos los mejores amigos del mundo, y M. Duruof me ofreció generosamente un sitio en la barquilla, proporcionándome la ocasion de estrenarme en la carrera aeronáutica.

Me separé de él transportado de júbilo; pero ¡cuál no seria mi asombro al ver que mis amigos acogian mi proyecto con la mayor indiferencia, y hasta sintiendo verme comprometido en una aventura tan triste! Me contaron que Duruof habia intentado ya

hacer una ascension en Calais, que reventó su globo á propósito en el momento de la partida, y que no se remontaria el dia anunciado: entonces advertí por primera, aunque no por última vez, la malevolencia é injusticia de una parte del público. Además de esto, residia en Calais una parte de mi familia, que se manifestó inquieta por mi propósito é hizo todo lo posible por disuadirme de que tomara parte en una ascension peligrosa sin duda en la playa del Océano, entre el Canal de la Mancha y el mar del Norte. «Estos parajes, me decian, son peligrosos para los aeronautas. Pilatre encontró la muerte cerca de aquí, y Deschamps estuvo espuesto á morir en nuestras playas; aquí reina siempre un viento impetuoso; y en fin, es una locura acometer tal empresa.»

A pesar de esto me mantuve firme, y pasé todo el dia del sábado 15 ayudando á Duruof en la tarea de buscar y tapan los agujeros de la tela de nuestro globo, acudiendo además al local de la Sociedad humana con objeto de pedir que nos proporcionasen cintos y boyas de salvamento, pues convenia tener presente que estábamos á orillas del mar, demasiado cerca de la «gran taza,» como dice el capitan del *Neptuno*.

A las cinco de la mañana del dia de la ascension acudí á la plaza de Armas, donde



GASTON TISSANDIER

se hallaba ya Duruof y su ayudante Barret: el *Neptuno* yacía tristemente en el suelo, y la lluvia caía á torrentes! Triste espectáculo que me llenó de confusion al pensar que quizás no podríamos henchir el globo, pues ¿cómo había yo de suponer que aquellas telas enlodadas iban á llevarnos pronto al seno de las nubes?

—¿Creeis, pregunté á Duruof con ansiedad, que será posible henchir el globo con este tiempo?

El capitán del *Neptuno* me miró fijamente.

—Veo que no me conoceis bien; habeis de saber que en este mismo sitio he sufrido un percance; el viento no me permitió partir la última vez; pero debo tomar la revancha y no me atemoriza la lluvia. Perded cuidado, pues haremos la ascension á pesar de todo y suceda lo que quiera.

Al poco rato empezó á dilatarse el tubo de gas á impulso de la presión de este fluido; lo introducen en el apéndice del *Neptuno*, y á fuerza de levantar la válvula, de estender la red, y de cambiar de sitio los sacos de lastre, la cabeza del globo empieza á enderezarse. Reúnense poco á poco los curiosos, que sonriendo al principio con incredulidad, acaban por demostrar una atención benévola. Al medio día cesa la lluvia, y el globo descuella en breve magistuosamente en medio de la plaza de Armas.

La muchedumbre aumenta por momentos: Duruof engancha la barquilla á las cuerdas del aro: el *Neptuno* agota las fuerzas de los soldados que sujetan sus cables, pareciendo impaciente por partir. Entonces se acerca un inglés: contempla la tela del globo con escrupuloso cuidado; toca las cuerdas de la navicilla, y examina atentamente todo el aparato; semejante investigación me asusta! ¿Si irá á ofrecer á Duruof una cantidad importante para elevarse con él, y ocupará mi sitio por no poder mi bolsillo rivalizar con el suyo? ¡Qué angustia! ¿Perderé de nuevo una ocasión tan propicia? Se me acerca un amigo, y me dice:

—¿Parece que estais agitado? ¿Teneis algún recelo?

—Sí, le respondo, un gran recelo..... de tenerme que quedar en tierra.

Se lanza al espacio un globo correo, seguido de mil curiosas miradas. De un salto va á parar al campanario de la casa consistorial, y luego se dirige hácia el mar del Norte. Entonces miro á Duruof, y le veo tranquilo y resuelto. En cuanto al inglés, se ha evaporado: sin duda le ha dado en qué pensar la perspectiva de un descenso en medio de las olas.

A las cuatro, Duruof, Barret y yo nos metemos en la barquilla. Los hombres que sujetaban el globo nos conducen con este al ángulo de la plaza opuesto á la casa de la ciudad. La «escelente música» de que hablaba el cartel deja oír sus melodiosos acordes.....

¡Soltadlo todo!!

Hénos ya en el espacio, acompañados de milentusiastas aclamaciones. ¡Qué gozo para el principiante que se siente blandamente mecido por los esfuerzos de la brisa, qué emoción cuando divisa la tierra que huye, las ciudades que disminuyen, el horizonte que se ensancha, y sobre todo cuando puede contemplar por vez primera desde tan alta elevación el doble panorama de la tierra y del océano!

Al ver mil vapores que brotaban en lontananza del seno de las olas, que corrían en fila como una legión de seres sobrenaturales, parecíame que aquellas nubes iban á animarse, y á exclamar como en la comedia de Aristófanes: «¡Nubes eternas, aparezcamos! elevémonos desde los mugientes abismos de nuestro padre el océano; volemós hácia las altas montañas; extendamos nuestros húmedos velos sobre las doradas mieses y sobre las sonoras ondas del mar. Presentemos á las miradas de los hombres nuestra faz que cambia á cada instante, y que, sin embargo, durará tanto como la eternidad! Lancémonos temblorosas desde el seno de nuestro padre Océano! Remon-

témonos sin tomar aliento hasta las nevadas cumbres de las montañas! Mantengámonos en esas alturas desde las cuales no podemos ver nuestra imagen reflejada en el azul espejo de los mares! Si cesamos de oír el grave sonido murmurado por las olas, escuchamos en cambio la sublime armonía de los ríos divinos. ¡Qué maravillosa es nuestra misión! ¿Por ventura no somos nosotras las que hemos recibido de Júpiter el encargo de hacer brillar á los ojos de los hombres todas las riquezas del firmamento? ¿Acaso no caen de nuestro seno fecundo esas lluvias que ponen en movimiento el ciclo de la vida terrestre? Por último, ¿no somos nosotras las que protegemos la naturaleza creada por los dioses contra el mas cruel de los destinos? ¿no somos nosotras la lijera gasa que separa el mundo viviente del implacable frío del reino de la muerte eterna?»

¡Qué asombro causa sentirse inmóvil en la barquilla de mimbre, boya flotante suspendida en el espacio, sin que el menor roce, la mas insignificante sensación de movimiento parezca animarla.

El *Neptuno* ha llegado de un solo salto á las nubes, que atravesamos con rapidez; estamos á 1,200 metros de altura, y el mar se extiende á nuestros piés. Duruof examina la brújula. «¡Nos dirigimos hácia Inglaterra!» dice. Pero ¡ah! nuestro contento dura poco: consideramos con mas cuidado nuestra dirección, y advertimos que avanzamos rápidamente hácia el nordeste, y que el viento nos impele al mar del Norte.

Miro á Duruof; sus ojos están animados; parece reflexionar profundamente. — ¿Qué hacemos? me dice visiblemente conmovido. — Os he dicho que os seguiria á todas partes, le contesto con calma. — ¡Pues adelante, y suceda lo que quiera! ¡No dirán los habitantes de Calais que soy un cobarde!

Pensaba yo entonces en Deschamps, aquel pobre aeronauta de quien me habian hablado, el cual se encontró, en el mismo Calais, en una situación análoga á la nues-

tra. Huyendo de perderse en alta mar, abrió la válvula, y cayó pesadamente en la costa, donde estuvo á punto de perecer.

El mar produce el efecto de un objetivo peligroso que hace parecer mayor el riesgo. ¡Desgraciado del aeronauta que se deja dominar por este vértigo! Que tenga confianza en su nave aérea, y se entregue á merced del viento. Este puede cambiar bruscamente; por lo tanto debe confiar en los caprichos de la brisa. *Audaces fortuna juvat.*

Por lo demás, el magnífico cuadro que se ofrece á nuestra vista nos llena de asombro, así es que no puede subyugarnos ningún sentimiento de temor real, y apenas si pensamos en la marcha rápida que nos arrastra hácia las inmensidades del mar del Norte.

Vemos á nuestra izquierda la ciudad de Calais, que descuella como una población en miniatura en una playa liliputiense; percibimos distintamente las escolleras del puerto, á donde acude una nube de espectadores microscópicos como el ejército de un hormiguero. A nuestros piés, el mar transparente se estiende hasta lo infinito como un inmenso campo de esmeralda brillantemente iluminado por los rayos solares; todo este espectáculo está separado por una legión de nubes vedijosas que se deslizan sobre un mismo plano horizontal, y que nacen al parecer en un lado del horizonte para dispersarse en el otro. Al elevar al cielo nuestras miradas, vemos otras nubes violadas que parecen sostenidas en el aire á una gran altura, pues están muy léjos de nosotros, y eso que nos hallamos á 1,800 metros de elevación. La temperatura es de 15° centesimales, nos encontramos con toda comodidad en la barquilla, y siento una plácida emoción en medio de esta implacable serenidad del país de las nubes.

Nunca olvidaré la asombrosa procesion de nubes que avanzaban con suma rapidez por debajo de nuestra navecilla; podria tomárselas por una infinidad de filamentos de lana, arrastrados por una fuerza invis-

ble. Véase cómo nacen en lontananza, en el sitio en que el mar se confundía con el cielo, cual si se escaparan de las olas. ¿Cómo era posible que el miedo ó la emoción nos perturbasen, cuando por todas partes se ofrecían á nuestras miradas tan nuevas, tan maravillosas escenas? Apenas hube cesado de contemplar las nubes, cuando un inesperado efecto de espejismo añadió nuevo pábulo á mi admiración. Buscábamos con la vista la costa brava de Douvres, y nos extrañaba no divisar las playas de Inglaterra, que debían estar muy cerca de nuestro globo; pero las ocultaba un inmenso tapiz de vapores aplomados, que se extendía hácia aquel lado del horizonte. Levanté la cabeza para buscar el límite de aquella muralla de nubes, y ¡cuál sería mi asombro al ver en el cielo una sábana verdosa que parecia la imagen del Océano! Casi en el mismo instante, apareció un pequeño punto que parecia moverse en aquella playa celeste; era un barco del tamaño de un cascarón de nuez, y fijando con mas atención mis miradas, advertí que navegaba al revés en aquel océano invertido, es decir, con los palos hácia abajo y la quilla hácia arriba. Un momento despues ví la imagen del vapor que acababa de partir de Calais para Inglaterra, y con mi antejo divisé el humo que salía por su chimenea. Luego aparecieron tres ó cuatro barcos mas en medio de aquel mágico mar, ofreciendo todo ello un cuadro verdaderamente sorprendente, de una fantasmagoría de espejismo deslumbradora.

La escollera de Calais parecia del tamaño de una cerilla, á pesar de lo cual distinguía yo la gente que habia en ella, así como los espectadores de que estaba cubierta la playa. Entonces pensé en el camino que seguíamos; empecé á distinguir el faro de Gravelines, y á poca distancia á Dunkerque; nos hallábamos sobre el mar del Norte, y conocí que nosotros, la barquilla y el globo no éramos mas que un grano de arena, que las olas podrian devorar con suma facilidad.

Entre tanto, observábamos atentamente las nubes inferiores, que seguían moviéndose con rapidez á nuestros piés, y que corrían semejantes á millones de copos de nieve. Pero ¡oh maravilla! todas ellas se dirigían hácia Calais. Al paso que á los 1,600 metros de altura bogábamos en dirección N. E., aquellos cúmulos, que habíamos atravesado á la altitud de 600 metros, seguían una marcha opuesta, lanzándose hácia el S. O. Entonces comprendimos que dejando bajar el globo hasta la capa de aire inferior, volvería á Calais, en medio de aquellas nubes que bendecíamos, pues se nos presentaban cual mensajeras que nos enseñaban el modo de regresar al puerto.

— Podemos continuar nuestro paseo por mar, me dijo Duruof con alegría; cuando queramos, volveremos á tierra. Nos dejamos, pues, impeler sin recelo por la brisa superior, sabiendo que á menor altura, el viento soplaba hácia la costa. Mientras nos regocijábamos con la idea de nuestro regreso inesperado, la muchedumbre continuaba acudiendo á la playa de Calais, donde reinaba una profunda emoción en medio de un lúgubre silencio.

Algunos marinos viejos nos asestaban sus anteojos.

— ¡Están perdidos! decían en tono de lástima. ¡Pobres locos! ¿Qué demonios van á hacer en esa barquilla?

Hacia una hora que habíamos salido del puerto, y navegado siete leguas sobre el mar; nos pareció que nuestro paseo se prolongaba demasiado, y cesamos de arrojar lastre; entonces al globo, atraído á la superficie del mar por la gravedad, bajó rápidamente; atravesamos por segunda vez las nubes, y nos pusimos á 400 metros sobre las olas. Eran las cinco.

En seguida vimos algunas barcas que acudían á socorrernos, y á una de ellas dando bordadas para recojernos al caer; pero pronto conocimos que no tendríamos necesidad de aquel auxilio.

La brisa superficial nos arrastra; volamos

rápidamente por encima de las olas, y vemos á Calais aumentando á la simple vista; el viento nos conduce al punto de partida.

En un cuarto de hora hemos regresado á él, y el *Neptuno* atraviesa Calais en medio de los aplausos frenéticos de toda la multitud. Al pasar por encima de la escollera, miro atentamente los grupos de espectadores, y conozco á mi hermano que me contempla y me saluda con la mano. ¡Extraño efecto de la casualidad ó del magnetismo misterioso! Allí hay diez mil miradas que se cruzan con la mia, y sin embargo, mis ojos van á fijarse precisamente en aquel que buscan con mas emocion.—Vemos de nuevo la plaza de Armas que está desierta, porque todo el mundo se ha trasladado á la playa, y distingo en dicha plaza el busto del duque de Guisa, único que no levanta la cabeza.

La tripulacion del *Neptuno* no cabe en sí de júbilo; estrecho la mano á Duruof y Barret, haciéndoles observar que nuestro paseo marítimo no nos ha causado náuseas ni dolor de estómago. Un puñado de lastre nos hace subir un poco, y entonces admiramos la campiña que se despliega á nuestra vista. Observo la cuerda-guia que pende de nuestra navicilla, y digo á Duruof:

—¡Atencion! El extremo de nuestra cuerda va á tocar en tierra.

—¿Estais loco? me contesta. Si nos hallamos á 1,400 metros del suelo.....

Nuestra cuerda-guia tenia 130 metros de longitud; mis ojos me hacian ver su extremidad rasando el suelo, es decir, que me engañaban en 1,270 metros nada menos. Simple error de un principiante, poco acostumbrado á ver los objetos desde lo alto.

Mas léjos diviso algunos puntos blancos que se mueven lentamente en una pradera; en vano procuro dar un nombre á aquellas singulares formas que me dan en que pensar; merced á mi anteojo, conozco que son unas cuantas vacas que pacen tranquilamente, sin importarles un ardite la mirada indiscreta que les lanzan desde el cielo.

A las 5 y 35 minutos llegamos cerca del suelo; nuestra cuerda-guia va rasando por un campo, y hace rodar las gavillas de heno alineadas en él; acuden algunos aldeanos, y les preguntamos dónde estamos.

—¡Camino de Boulogne! nos dicen.

Uno de ellos pretende coger la cuerda, pero como no queremos echar pié á tierra todavía, Duruof me dice que tire lastre, y yo, en mi inexperiencia, vació un saco casi entero; de cuyas resultas vamos á parar hasta 1,800 metros de altura; en este momento, nos vemos rodeados de un grupo de nubes tan espesas, tan densas que perdemos de vista el globo; apenas si podemos vernos unos á otros; y nos parece que estamos sostenidos en la cenicienta bruma por vínculos invisibles. Las impresiones que se acumulan en mi mente son entonces tan confusas como extrañas, asemejándose á las de un sueño inverosímil; limitan mi vista esos vapores densos y pesados que nos rodean, y el *Neptuno* queda oculto tras ese velo opaco; nuestra cesta de mimbre parece inmóvil, y por último, únicamente la reflexion puede guiarnos, demostrándonos que nos hallamos á 2 kilómetros sobre el nivel de las pasiones humanas.

Desde por la mañana temprano habíamos trabajado fatigosamente en el henchimiento del globo, y teníamos el estómago vacío. Abro, pues, una de las cajas de la barquilla, y saco un pollo que devoramos con un apetito aéreo; bebemos un vaso de vino, y cenamos metidos en un baño de vapor. Tiro por encima del borde de la navicilla un hueso que acabo de limpiar, y Duruof me hace observar que he cometido una imprudencia, observacion que tomo á broma, pero tengo que ceder á la evidencia al fijar mi vista en el barómetro..... Hemos subido de 20 á 30 metros..... tan sensible es un globo bien equilibrado en el aire. En ciertos casos, hasta una pluma puede hacerle cambiar de altura.

Al fin los vapores parecen disiparse, y aun cuando subsisten espesas nubes que

nos ocultan la tierra, vemos el Sol que desaparece en el horizonte; es rojo como un disco de fuego; mil rayos centellantes iluminan el cielo, y proyectan á lo léjos nuestra sombra sobre el inmenso valle de nubes que se extiende en derredor. Son vastas protuberancias blanquecinas que no parecen vapores lijeros sino montañas de nieve; extiéndose oscuras sombras en medio de misteriosos barrancos, dando un imponente relieve á las ondulaciones de aquel mundo encantado.

¿Dónde estamos actualmente? ¿Nos habrá llevado el viento al continente? ¿No nos habrá lanzado de nuevo sobre el mar? Son las siete. Barret nos dice que percibe un vago murmullo bajo las nubes; y en efecto, á nuestros oidos llega un rumor continuo, melodioso, á la par que amenazador y terrible.

¿Será acaso el mar?

Un tiron de la válvula nos hace bajar rápidamente, atravesamos las nubes y vemos, no la tierra, ni la verde campiña, sino la inmensa sábana del Océano!

«El mar ofrece á mis absortas miradas sus ardientes golfos..... Ante mí, tengo el dia; detrás, la noche; el cielo sobre mi cabeza, y á mis piés las olas.» (Goethe.)

El Sol se ha acercado sensiblemente á las ondas, matizándolas con mil tintas rojizas, y la noche empieza á estender su oscuro manto sobre el mar..... ¡Qué imprudencia hemos cometido! ¿No es tentar demasiado á la suerte el haber vuelto otra vez al medio del Océano, despues de habernos escapado de él como por milagro? Pero no es tiempo de deliberar, sino de obrar..... El poderoso soplo de la brisa superficial nos empuja, y no nos olvidamos de que nos ha salvado ya. Al poco rato vemos un cabo que se extiende ante nosotros como una delgada prominencia, y va aumentando á ojos vistas; pero ¿podrá llegar el *Neptuno* á aquella costa, ó rebasará, por el contrario, su punta estrema para continuar su rápida carrera en plena mar? Despues del mar del Norte, la

perspectiva que se nos ofrece es el Canal de la Mancha.

Empieza á hacerse de noche; el cielo se vela; y cada segundo de vacilacion compromete el éxito de un descenso arriesgado. El momento era crítico por demás; las tres personas que estábamos á bordo de nuestro frágil esquiife guardábamos silencio, mirando atentamente el faro que descuella en la punta del cabo; y tratando de adivinar si podríamos abordar á las costas que eran nuestra única esperanza de salvacion. Jamás se borrarán de mi memoria aquellos minutos de angustia, en que, á pesar mio, me asaltaba la idea de una muerte trágica.—Creia que la ruta que seguíamos nos llevaria mas allá de los acantilados, y que tendríamos que arrojarnos al mar, en la imposibilidad en que nos hallábamos de flotar al azar durante la noche en las inmensidades de la Mancha y del Océano. Miraba maquinalmente el disco solar, que jamás me habia parecido de un rojo tan sangriento, y que se cernia en la inmensidad como un globo inflamado, próximo á sepultarse en el seno de las olas..... Mi imaginacion me lo presentaba por momentos como una grande y benéfica figura que tal vez me daba el último adios! Tan pronto se dirigian mis miradas hácia la playa, aun lejana, pareciéndome ver allí á todas las personas queridas abriendo sus brazos para recibirme en ellos, como vagaban por la superficie del mar, donde algunas barcas saltaban sobre las espumosas olas. Era un sentimiento confuso, indeciso, que se apoderaba de mi imaginacion, habiendo algo parecido á un ensueño ó desvario en este periodo de mi viaje..... Sin embargo, veia perfectamente todas las escenas de aquel panorama, y oia el murmullo monótono, sombrío, del Océano, que subia hasta nuestra barquilla, llenando nuestra alma de tristes presentimientos.

De pronto Duruof lanza un grito de alegría; me vuelvo, y nos cercioramos de que el viento nos empuja hácia la playa. Va á